

desde el fondo

LA NARRACION DISCIPLINAR

Susana Cazzaniga

Desde el Fondo nos está proponiendo desde hace tiempo un espacio muy interesante para exponer nuestras ideas acerca de diferentes temas. Nos ha invitado a “escribir”, a dar cuenta, a poner explícita y documentadamente nuestras producciones. En realidad, el Cuadernillo se ha convertido en un instrumento de **registro** del modo en que hoy estamos entendiendo este momento histórico. Se trata de narrativas, de construcciones discursivas sobre nudos problemáticos que atraviesan y constituyen el campo de lo social, donde como profesionales estamos articulados desde nuestros “decires y haceres”.

Paradójicamente, los trabajadores sociales no damos respuestas a esta propuesta con la intensidad en que hablamos de la necesidad de una intervención fundada, de trascender el carácter instrumental de la profesión, de la importancia de las producciones y de los “registros”.

¿Cuáles serán nuestras preocupaciones y nuestros miedos, que nos llevan a “desatender” (para decirlo de alguna manera), este lugar privilegiado de narrativas?

El proceso histórico que Trabajo Social fue (y está) realizando en relación con su propia constitución como campo disciplinar se encuentra signado por búsquedas complejas que dan cuenta de rupturas y continuidades, con inscripciones epistemológicas divergentes, con acuerdos balbucientes.

No se puede desconocer que hemos “narrado” este proceso y de este modo hemos inscripto lo que hemos dado en llamar Trabajo Social en la escena social. Hoy estamos preocupados por nuevas formas de inscripción, ... será entonces que nuevas narrativas se imponen?.

Se hace indispensable para mantener la comunicabilidad de lo que trato de expresar, dar cuenta del sentido que le estoy otorgando, en este contexto, al término “narrativa”. Con el mismo me refiero a como “contamos a otros, y nos contamos a nosotros mismos” lo que sostenemos que somos y hacemos. Un contar - narrar donde participan la oralidad, la escritura, las actitudes... las prácticas y los discursos. Su puesta en acto va instalando significados, instituyendo objetos.

La búsqueda disciplinar, por cierto no unívoca de estos momentos, debería tener su correlato en los modos de construcción de narrativas. Visto de esta manera sería interesante realizar revisiones respecto de las dimensiones desde donde, hasta el momento hemos contado – narrado nuestra disciplina y desde éstas, resituar y redefinir modos diferentes de contar – narrar.

Si bien he considerado que la construcción de la narrativa se constituye desde un entramado de diversos órdenes, un aspecto que aparece como relevante, dada la posibilidad de “objetivación”, comunicabilidad, generación de debates y problematizaciones, en síntesis de la construcción de la disciplina, es sin duda, la producción escrita de los Trabajadores Sociales. Subrayo, no como única, pero sí como un aspecto central: es lo que queda documentado.

En este sentido, podemos identificar a grandes rasgos, en que ha consistido esa producción escrita en la profesión. Si consideramos la particularidad argentina, en 60 años de desarrollo, la producción de textos de autores nacionales que se puede relevar es sensiblemente limitada. Se puede citar a la mitad de la década del 60

desde el fondo

hasta los primeros años de los 70, como una época de gran producción al respecto. Es también en ese período en que se realizan los encuentros masivos, con presentación de trabajos con registros de los debates en formas de “memorias”. En ella es también donde surgen publicaciones de grupos de colegas (Editorial ECRO, por ejemplo).

Creo innecesario destacar que durante el proceso militar se da una cancelación de los intercambios y de las producciones escritas. La reapertura democrática ofrece las condiciones para dar reinicio a los debates, que de hecho se fueron realizando a partir de encuentros, jornadas y congresos de profesionales, impulsados por Colegios y Unidades Académicas.

De esta etapa me interesa destacar algunos aspectos que caracterizaron estos espacios: la producción escrita pasó a ser el “paper” de invitados especiales, en muchas oportunidades provenientes de otros países e incluso de otras profesiones. Los asistentes participaban, por lo general en las instancias de taller, cuyas relatorías no llegaban a ser publicadas. Me animo a decir que nos encontrábamos en un momento de refundación de estas prácticas, donde los años de clausura nos llevaba a pensar que “otros” más calificados podían expresar con mayor solidez argumentativa los temas importantes para la disciplina, o directamente buscábamos las respuestas que no encontrábamos en la cotidianeidad del ejercicio profesional y docente. En algunos casos, era lo político – organizativo el eje central de los encuentros, y el debate verbal en los grupos era registrado en actas.

En jornadas y congresos sobre temas relativos a áreas interdisciplinarias, era posible encontrar producciones como trabajos realizados en equipos, donde el

lugar del Trabajo Social, bien podía ser significativo, o directamente subordinado. En esta última década, se observan algunos tránsitos que llevan a otras expresiones de las producciones escritas. Por una parte, la incorporación a las estructuras formales de la investigación en el ámbito universitario, proceso que se fue realizando en forma lenta, y que no puede ser considerada como actitud masiva de los colegas, configuró condiciones de posibilidad para publicar, tanto artículos como libros.

Por otra parte distintas revistas tanto académicas como de colegios, permitieron lugares de expresión escrita. Los encuentros de profesionales redefinieron su intencionalidad y están promoviendo la presentación de ponencias de los colegas.

De cualquier manera, pareciera que persiste al interior del colectivo una tendencia a “leer” o “escuchar”, y en todo caso discutir lo que otros escriben, esos “otros” que por convicciones o audacias van dejando el surco documentado de una narración.

Hasta aquí la producción escrita que adquiere visibilidad y posibilita la comunicabilidad en el plano de los colegas y de otras disciplinas. ¿Qué pasa con la otra producción escrita, aquella que surge de las propias prácticas profesionales y por qué no, docentes y que en todo caso deberían convertirse en los insumos para producciones del nivel al que aludía antes?

El trabajador social cotidianamente presenta informes sociales, elabora diagnósticos, programas y proyectos, organiza documentos de trabajo, lleva registros de las situaciones en las que interviene. En el ámbito académico, elabora fichas de cátedra, programa su plan pedagógico, realiza evaluaciones escritas, además de sus informes de

desde el fondo

avance y finales producto de investigaciones y proyectos de extensión. Si en general, le planteamos a estos colegas que publiquen sobre un tema, es posible obtener dos tipos de respuesta (y en casos, articuladas): “no tengo tiempo” / “no tengo nada preparado como para publicar”.

No podemos desconocer que el tema del tiempo es una variable absolutamente atendible, máxime en el contexto del pluriempleo en que la mayoría estamos involucrados. Tampoco se trata de obviar las demandas que desbordan y las presiones institucionales. No obstante esto, tengo la sospecha que bajo esta consideración existen otros aspectos necesarios de remover, o por lo menos ponerlos a consideración a fin de darle un debido tratamiento.

Pasemos a la cuestión “no tengo nada preparado como para...”, que creo está vinculada con la anterior. ¿Acerca de qué escribimos en nuestra práctica profesional? ¿Qué lugar ocupa el registro de la intervención, qué registramos y para qué? ¿Qué diferenciaciones realizamos entre los informes para “ser leídos por otros”, que en realidad son las apreciaciones profesionales en torno a una situación que fundamenta alternativas respecto de esa situación, y los registros necesarios de toda intervención profesional y de los cuales tendremos las “pistas” para profundizar los temas centrales que cruzan a la misma a fin de, justamente, avanzar en la rigurosidad de nuestras intervenciones profesionales?

Dejando de lado las producciones de las prácticas investigativas formalizadas académicamente, ya que sus propios requerimientos internos exigen la entrega de informes, como ya hice referencia, ¿qué pasa con las producciones en docencia? ¿Qué transferimos a los alumnos? ¿Repetimos lo que leemos en los libros o producimos material a partir

de las necesarias revisiones bibliográficas? ¿Somos reproductores o productores de conocimientos?

Desde mi perspectiva, estas preguntas están vinculadas a cuestiones más de fondo y que tiene que ver con la propia historia disciplinar, sus procesos identificatorios, el fuerte arraigo a las matrices técnicas del centramiento en el hacer, la pesada carga de considerarnos tributarios de las prácticas benéficas y filantrópicas, la homologación del compromiso (indispensable, según mis convicciones) con el voluntarismo y no pocas veces con el paternalismo. No tenemos tiempo para “escribir” pero desde las prácticas cotidianas, donde subyacen estos supuestos estamos también narrando la disciplina, configurando quizás la forma más generalizada de hacerlo.

Debo decir, por el respeto que le debo a mis colegas, que dentro del colectivo profesional también contamos con muchos profesionales que realizan esfuerzos denodados para inscribir de otra manera a Trabajo Social y que en no pocos casos lo realizan desde lo cotidiano, pero que si los mismos no logran visibilidad en la forma de material escrito quedan en espacios cerrados, con escasas posibilidades de entrar al debate colectivo que exige la construcción de la disciplina.

¿Se trata entonces de ponernos a escribir? Desde mi perspectiva se trata de ponernos a problematizar, de lograr registros sistematizados de nuestras intervenciones, de seguir las pistas que las mismas nos otorgan, de indagar acerca de las mismas, de mantenernos en constante formación y de aprovechar cada instancia que se nos ofrece para “narrar” también en forma de texto escrito, nuestra disciplina.